

GIULIO LEONI

Il
RITUAL
de
ORFEO

Título original: *La regola delle ombre*
Editado en Italia por Arnoldo Mondadori Editore S.p.A., Milán, 2009
Negociado a través de la agencia literaria PNLA/Piergiorgio Nicolazzini

Primera edición: 2011

© 2009 Giulio Leoni
© de la traducción: M. P. V., 2011
www.giulioleoni.it
© Algaida Editores, 2011
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
Composición: Grupo Anaya
ISBN: 978-84-9877-677-5
Depósito legal: M-31.126-2011
Impresión: Huertas, I. G.
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

<i>Febrero de 1482. Florencia, palacio Medici . . .</i>	17
Hacia la posada de Oliverotto	37
Palazzo Medici	53
Capilla Vespucci	75
Por la vía Francígena	83
Por el camino hacia Roma	91
Roma, sala de las audiencias pontificias	109
En la puerta Flaminia	117
En el tugurio de la bruja	129
Hacia las casas de la nación florentina	155
Residencia privada del cardenal Borgia	177
Plaza de la Cancillería	181
Salas vaticanas	205
Palacio Riario, sala de los banquetes	217
En casa del maestro Botticelli	245
Capilla Sixtina	253
Torre de los Colonna	273

Hostal del Montón	289
Delante de Tor di Nona	293
Palacio de la Cancillería	323
En el taller del maestro Cola, vidriero	331
Torre de los Colonna	335
Por las calles de Roma	353
Residencia privada del cardenal Borgia	369
Por un camino blanco	381
Iglesia de San Agustín	389
En los alrededores del templo de Isis	399
Palacio de la Cancillería	415
Posada del Montón	419
En la sala de los Saturnales	441
En la columna Trajana	455
En la cripta de la Columna	469
Salas vaticanas	505
Fuera de la columna de Trajano	507
En el comienzo de la carrera	515
Nota del autor	535

Para Anna

La muerte no será para siempre
(Frase atribuida a
PICO DELLA MIRANDOLA)

AGACHADO SOBRE LA CAJA, EL HOMBRE EXTRAJO UN PEQUEÑO elemento de metal de los compartimientos interiores. Lo examinó a la luz de la lámpara que colgaba sobre su cabeza, y luego lo incluyó con precisión en el interior del cuadro de madera. Observó el resultado, y entonces repitió el gesto.

Silencioso, guiado por unas reglas que sólo él parecía conocer, llevaba afanándose en aquel ritual desde hacía horas. Detrás de él las ruedas de la máquina esperaban dar voz a la historia que permanecía muda sobre la mesa, replicándola en un eco infinito.

De repente algo lo sujetó. Dos brazos salidos de la nada, y luego otros dos. Incapaz de poder reaccionar, se sintió arrasado. Le doblaron la cabeza hacia delante y las mejillas se las aplastaron con fuerza contra el torno de la máquina. Sintió una sensación repentinamente fría, y luego su frente se llenó de gotas de sudor. Encima de él, el torno rodó como un silbido.

—Quién sois... qué... —tartamudeó, con la garganta apretada por los dedos de su asaltante. Horrorizado, percibió en la oreja el mordisco áspero de la platina, que le agarraba la

cabeza. El apretón se deshizo. Ahora podía hablar. Pero en la mente, bloqueada por el miedo, las palabras no conseguían formarse y se rompían en un murmullo de sílabas confundidas.

La llama de una antorcha lo cegó.

—Pero qué hacéis... —consiguió sólo articular, antes de que la voz se rompiera en un gemido.

—Ya has visto demasiado —escuchó tras él, en un susurro lleno de una inesperada dulzura. O quizás fuera sólo el terror el que le hacía buscar en aquella voz una sombra de piedad. Se agarró con desesperación, mientras en la mejilla destrozada por el hierro se clavaban decenas de agujas dolorosas.

La máquina chirrió de nuevo encima de él. Un espasmo recorrió su cuerpo en el instante en que los huesos de las mejillas se aplastaban en un crujido sordo, inmediatamente ahogado por sus gritos. Un chorro de sangre cayó de la boca sobre el plano de metal.

Le parecía escuchar todavía una voz que ordenaba: «¡Esparcid el fuego!». Luego los sonidos y el dolor se confundieron en un rayo de luz, y todo su ser se ahogó.

Uno de ellos arrojó la antorcha sobre la montaña de hojas situadas en una esquina. Por un instante la sala se precipitó en las tinieblas, pero inmediatamente las llamas retomaron su fuerza, levantándose en lenguas cada vez más altas. En la mano, el hombre sujetaba un código. Acarició las páginas con los dedos, dudando, y luego lo arrojó al fuego.

—¡Vete al infierno, donde deberías haberte quedado!
—murmuró para sus adentros.

Luego, con un gesto, llamó la atención de los demás, que habían agarrado la pesada máquina y la estaban arrojando al suelo.

—Dejadla a su destino. Dentro de poco el incendio será visible desde el exterior y tendremos encima a todos los metomentodos de la calle.

Volcó la caja, arrojando por el suelo el contenido. Luego, sin prestar atención a los fragmentos que arañaban las suelas de sus zapatos, se movió hacia la pila de marcos que yacía a poca distancia. Extrajo un puñal de debajo de la capa y con una serie de golpes rápidos cortó las cuerdas que los sujetaban. En pocos instantes el ordenado trabajo del muerto se deshizo en una lluvia de señales indescifrables, que se hicieron añicos como si de nuevo la rabia de Dios hubiera decidido confundir las lenguas de los hombres.

Ahora el fuego estaba devorándolo todo. Alcanzada por una llamarada, una de las ventanas se desmoronó, abriendo una salida hacia el viento de tramontana que soplaba en el exterior. Las llamas se levantaron alimentadas por el viento, desencadenando alrededor un coro de sombras alocadas. Vacía y silenciosa un instante antes, la sala se transformó en una fantasmagoría de retales ardiendo, arrastrados hacia arriba por el calor del incendio.

También el hombre, prisionero por el movimiento de la máquina y con las manos contorsionadas por la agonía, pareció por un momento agitarse. Como si intentara agarrar algunas de las letras esparcidas a su alrededor. Como si intentara dar un sentido al discurso incomprensible que el ángel de la desolación le dictaba, arrodillado junto a su oído.

Febrero de 1482

FLORENCIA, PALACIO MEDICI

RÁFAGAS GÉLIDAS SE ARRASTRABAN POR EL JARDÍN, LEVANTANDO nubes de polvo y arrastrando las hojas secas y los arbustos espinosos. El joven atizó el fuego de una llama que amenazaba con apagarse. Luego se echó hacia atrás un par de pasos para valorar mejor el resultado de su trabajo.

La joven de piedra resplandecía más viva que una luna llena, coronada por el fuego que llegaba a rozar sus vestidos empujados por el viento. Un juego de sombras animaba la pañería, como si la estatua estuviera en el punto de alejarse y ya las piernas esbozasen los primeros pasos.

Recogió todavía dos llamas, las encendió con la llama de aquellas que ya ardían y las clavó en el terreno junto a las demás.

—¿Qué diablos estás haciendo, Giovanni? ¿Acaso quieres convertir en cal mis mármoles, como un maldito hornero? —exclamó una voz preocupada tras él, sobresaltándolo—. Esa vestal me ha costado treinta florines y los vale todos, ¡hasta el último gramo de oro!

—No es una vestal, *ser* Lorenzo, sino una imagen votiva de la diosa Isis. ¿Veis esas formas inciertas que sobresalen en la

cabeza? No son los restos de un peinado, sino el símbolo que coronaba a la diosa, sol y luna unidos para evocar al dios Apis. Como escribe Apuleyo en las *Metamorfosis: Aegyptii caerimoniis me propriis percolentes appellant vero nomine reginam Isidem...*

—No necesitamos otra prueba de tu increíble memoria, amigo mío. Y no es prudente contradecir al señor de Florencia. Jamás en política, pero todavía menos en las decisiones con las que embellece su ciudad —le interrumpió Lorenzo de Medici. Luego, escudándose con una mano, focalizó el punto que el otro le indicaba. Se quedó así un instante y se retrajo mordiéndose el labio.

—Sí, quizás tengáis razón. Así que el precio que he pagado se transforma en un buen negocio, después de todo. Una diosa egipcia valdrá mucho más que una sencilla sacerdotisa.

—No es el sujeto de la obra lo que le da su valor, sino la mano que la extrae del mármol —puntualizó el joven.

Lorenzo lo fulminó con una mirada.

—Me estoy desangrando para enriquecer este jardín de San Marcos con obras de los antiguos, para que los artistas puedan venir aquí a estudiar. Hay quien me llama «el Magnífico» por esto, no sé si para alabar mi liberalidad o reírse de mi ingenuidad. ¡Y todo lo que obtengo es una generación de jóvenes resabiados! Ahora explícame por qué estás chamuscando mi estatua y malgastando las antorchas, cuando mañana por la mañana tendrás a disposición toda la luz del sol para copiarla en santa paz —resopló, indicando el cartón blanco que colgaba de un caballete allí cercano.

—A la luz del sol veré la obra tal y como la ven nuestros ojos. Pero yo quería verla con aquellos de quien la ha moldeado. Esta estatua está pensada para colocarse en el secreto de la celda de un templo, coronada de flores, entre ríos de incienso

y otros aromas. Quien la ha esculpido lo sabía y la ha modelado no para una luz fuerte y constante como el sol, sino para la luz temblorosa de las antorchas. ¿Veis cómo los dobleces de la túnica parecen agitarse con el viento? ¿Y cómo su rostro se dulcifica con la caricia de una llama?

—¿Todas estas charlas sobre la forma las has aprendido en la universidad de Bolonia? Pensaba que habíais ido para estudiar Derecho. O para reírte de Aristóteles, como al parecer es bastante frecuente entre los estudiantes.

—Es esto lo que me gustaría copiar —se limitó a replicar el joven, con un tono que ahora parecía más tímido respecto a la seguridad de un instante anterior.

Lorenzo movió la cabeza, pensativo.

—Tú no buscas el arte, sino la belleza. El arte se alcanza con el estudio, la belleza es un don de Dios. Quizás deberías gastar tu tiempo en el huerto de los frailes, más que en mi jardín.

El joven soltó una carcajada, contagiando a su amigo más maduro.

—*Ser* Lorenzo, la belleza que tengo en la mente nada tiene que ver con la que se canta en la iglesia. Como dice Lucrecio...

—¡Deja ya a ese pagano! —protestó el Magnífico, indicando la masa oscura del convento de los dominicos que se veía apenas al otro lado de la pared medianera—. Los oídos del papa llegan hasta dentro de mi casa y ya soy sospechoso por haberla llenado de seguidores de Platón. Y además, no habrás venido a Florencia para ensuciar con figuras los cartones, sino para completar tus estudios filosóficos, imagino. ¡Giovanni Pico, príncipe de Mirandola y conde de Concordia! Tú llevas un nombre ilustre, de literato o de guerrero, no de ensucia telas.

El joven, con un gesto nervioso, echó hacia atrás su larga cabellera rubia.

—En la universidad de Padua y Bolonia he aprendido muchas cosas, entre ellas el hecho de que precisamente en la búsqueda de la belleza el hombre alcanza su máxima dignidad... —comenzó animadamente.

Pero el Magnífico lo interrumpió, con una mirada irónica.

—Sí, conozco bien qué belleza se va buscando a tu edad. De Padua y Bolonia no han llegado sólo noticias de tus estudios, sino también de algunas jovencitas sumidas en lágrimas. Me gustaría de verdad que este jardín fuese abierto sólo a la voz de la belleza. Pero ciertas cuestiones... —añadió luego con un suspiro.

—¿Habrá guerra? —preguntó el joven, poniéndose serio de repente.

El otro movió la cabeza con fuerza. Luego asintió con un gesto, casi para anular su primera respuesta.

—Venecia está a punto de atacar a Ferrara y muy pronto Italia al completo estará en llamas. Con el papa Sixto estamos de uñas. Los soldados pontificios se mueven en las fronteras y tarde o temprano tendremos que enfrentarnos a ellos en campo abierto. El ayuntamiento decide por sus milicias, pero yo quiero también que mi linaje esté presente en el terreno, con tropas.

A Pico no se le había pasado por alto la elegancia con la que el Magnífico continuaba definiendo Florencia como un ayuntamiento, cuando todos sabían que era él el verdadero amo de la ciudad. Y, sin embargo, ante sus ciudadanos continuaba dibujándose a sí mismo como un hombre igual a los demás. Quizás un poco más rico, quizás un poco más sabio. Quizás el más solo.

Lorenzo pareció leerle el pensamiento.

—Muchos consideran que debería dar un paso hacia atrás y, como buen cristiano, inclinarme ante la voluntad del papa.

—No seríais vos. Italia perdería a un líder, el papa adquiriría sólo otro inútil cortesano. Entonces, mejor la guerra. Por otro lado, ya habéis decidido, ¿no es así?

—Cómo de fácil es para los jóvenes hablar de guerra... ¡Parece casi que para vosotros se tratara de una fiesta! Pero por otra parte tienes razón —protestó Lorenzo, moviendo la cabeza. Luego volvió a mirarlo fijamente—. Dicen que es peligroso fiarse de quien nos conoce demasiado bien. Quién sabe por qué soporto tu compañía. Quizás porque recuerdo así mi propia valentía, cuando tenía tu misma edad —añadió, agitando amenazador el dedo—. ¡Y también era bello como tú!

En ese momento los retoques lejanos de campanas y martillos rompieron el silencio. Lorenzo aguzó el oído. En pocos instantes el retoque se hizo cada vez más intenso, señal de que la alarma había sido escuchada y de nuevo lanzada.

—¡Hay un incendio en alguna parte! —exclamó, acercándose a una de las rejas que se abrían hacia la pared exterior.

Fuera, las calles de Florencia estaban sumergidas en la oscuridad, excepto por las raras manchas luminosas de las antorchas, clavadas en las fachadas de algún que otro palacio de la aristocracia. Sólo en Oltrarno las luces parecían más claras.

—¡Ese maldito Pitti! —murmuró el Magnífico con media boca, mirando fijamente la construcción a los pies de la colina situada detrás—. Cuánta soberbia. ¡Esperemos que sea su palacio el que está en llamas!

—No *ser* Lorenzo. Es por la parte de San Donato —le corrigió el joven que se había situado a su lado. Clavó el dedo hacia una claridad que se movía a lo lejos, un resplandor rojizo

a veces anulado por la nube de humo que se sobreponía a la vista.

—Al menos se verá si el servicio de bomberos sabe hacer su trabajo, con todos esos florines que ha costado al ayuntamiento. Sólo para las pompas me han pedido...

Un ruido de pasos tras ellos le interrumpió. Un hombre armado corría por el caminito, jadeando.

—Don Lorenzo, ¡está ardiendo la fábrica del alemán!

—¡La imprenta! —exclamó el Magnífico, poniéndose blanco.

Pico no había visto nunca al señor de Florencia tan turbado. Antes incluso de poder pronunciar una palabra se sintió sujetado por un brazo y arrastrado hacia la reja. En un instante se encontraron fuera del jardín, en mitad de la calle oscura.

—¡Señor, deteneos! No es prudente... —dijo el joven, intentando detenerle mientras miraba preocupado los recovecos de las construcciones de madera situadas en la calle ante el temor de algún ataque. Al tiempo que intentaba mantenerse al lado del Magnífico, la mano se encontraba lista en la empuñadura de la espada.

Lorenzo había salido disparado hacia la calle con la ropa de estar por casa, sin pensar en ponerse ni siquiera una cota de hierro, sin llevar consigo ningún arma, como si se hubiera olvidado de los peligros que lo rodeaban en aquella ciudad que lo admiraba sin amarlo.

Hacia San Donato el clamor era muy fuerte, acompañado por el humo y por el olor de quemado que ya hacían difícil la respiración. Las vías se veían invadidas por un tropel de personas cargadas con cubos de agua. Los socorredores habían formado una cadena y más adelante, medio escondido en una nube de humo, se veía el carro con las pompas, rodeado por los

bomberos ocupados en accionar la leva de la máquina. Por todas partes se escuchaban órdenes y gritos de mujeres que habían bajado a la calle con sus hijos en brazos y presenciaban horrorizadas el espectáculo.

Al fondo, un edificio bajo era preso de las llamas que se tambaleaban enrojadas hacia los solares arrasados. Recordaba el cráneo de un enorme animal con las cuencas vacías, abiertas como si fueran las puertas de un horno. Alrededor se encontraban los socorredores que, abandonada cualquier esperanza de salvar el edificio, intentaban sólo contener el incendio para evitar que se propagara a las casas cercanas.

Pico se situó frente a la muralla de aire ardiendo, seguido por Lorenzo. Aquí y allá los restos de los travesaños carbonizados se veían entre las paredes, y densas bóvedas oscuras seguían saliendo de las cavidades de las ventanas. En una de ellas una parte del techo cedió, desplomándose hacia el interior con un ruido sordo y levantando hacia el cielo una columna de humo y de chispas.

Sintió al Magnífico temblar junto a él. De nuevo, como ya había ocurrido en la puerta del jardín, sin importarle ninguna norma de educación lo agarró por la chaqueta.

—¡Deteneos, señor! ¡Estáis arriesgando demasiado!

Pero él no parecía percibir el peligro. Se acercó todavía más a las llamas, lanzando órdenes convulsas a los hombres que estaban intentando apagar el fuego, y arrancando de sus manos los cubos de agua para ayudar en la cadena. Luego, finalmente, pareció darse cuenta de los esfuerzos del joven. Lo fulminó con la mirada, induciéndolo a relajarse y soltarle. Dio, sin embargo, un paso más hacia la puerta medio abierta, echando los brazos hacia delante como si quisiera probar en su propia piel el calor que provenía del interior. Tras eso movió la cabeza sin dejar de dar claras muestras de querer seguir adelante.

Sólo entonces pareció relajarse, recuperando su propia dignidad.

—Tienes razón, amigo —murmuró colocándose la gorra que se le había caído hacia adelante—. Que Florencia no padezca dos pérdidas esta noche. Y no sé decirte cuál de las dos sería la peor.

Alrededor de los bomberos se seguía arrojando el agua por la apertura, propiciando que ardiera todo cada vez de forma más violenta y con nuevas lenguas incandescentes. Como por arte de magia el fuego parecía alimentarse con el agua, en lugar de debilitarse.

Pico había visto ya los efectos de los incendios y cómo éstos eran imprevisibles. En Padua había ardido una residencia de estudiantes. Atraído por los gritos de los desgraciados atrapados en el interior, había intentado abrir la puerta en llamas junto a otros socorredores. Y cuando el portal había cedido se había arrojado dentro, mientras las llamas parecían bajar de intensidad. Pero inmediatamente después el fuego había retomado su fuerza, envolviéndolo tanto a él como a dos de los compañeros que le habían seguido.

Había sentido una extraña alegría apoderándose de él, parecida a la que se tiene cuando se ha bebido demasiado, así como cien manos agarrándole cada parte de su cuerpo para arrastrarle hacia arriba. También notó cómo el aire a su alrededor se hacía cada vez más denso, igual que el fango, y de qué modo detenía cualquier movimiento mientras pasaba a sentirse sordo y ciego en una eternidad sin tiempo. Y un instante después se vio convulsionado de nuevo, y de nuevo volvió a ser amo de sí mismo, con los trajes y los cabellos intactos. Y a su alrededor escuchó y observó los gritos terribles de sus compañeros, transformados en antorchas humanas a muy poca distancia de él.

Había escapado de aquella trampa con la fuerza de la desesperación, a través de la pared de fuego que lo separaba de la salvación, saliendo de entre las llamas ante el desconcierto de los presentes, igual que un castigado del infierno que fuera escoltado por dos ángeles ardiendo.

Apenas dos días después presenciaría el entierro de las víctimas carbonizadas por el mismo fuego que a él lo había inexplicablemente salvado. Y sin embargo, a pesar de la experiencia, no conseguiría explicarse lo que había ocurrido ante sus ojos. También los bomberos parecían ahora desconcertados, y los gritos y las órdenes se confundían cada vez más.

Apareció por la curva de la calle un segundo carro con las pompas. Los hombres obtuvieron de nuevo fuerza para proyectar agua sobre las llamas, pero éstas parecían todavía animarse, entre el desconcierto general.

También Lorenzo había notado el extraño comportamiento del fuego. Pico le vio levantar de repente la cabeza cuando alguno gritó junto a ellos:

—¡El diablo está ahí adentro!

Pero inmediatamente consiguió vencer sus dudas. Un soplo gélido le alcanzó el rostro, áspero como la nieve de los Apeninos en aquel comienzo del mes de febrero. No había magia alguna en aquello que veía. Sólo la fuerza de la tramontana, que era suficiente por sí sola para explicar la obstinación de las llamas.

Pero precisamente entonces, sin ningún cambio aparente en la situación, ni una caída de viento u otra cosa, las llamas se tranquilizaron. Su rugido se atenuó como si la bestia anidada en su interior se hubiera quedado saciada. Y entonces, con un último soplo de vapores, se apagaron completamente las llamas.

—¡Ya era hora! —exclamó el Magnífico, acercándose peligrosamente a la entrada todavía llena de humo—. ¡Quizás podríamos salvar algo!

—¿Cosas preciosas? —preguntó Pico, pensando en el amor del Magnífico hacia los aguafuertes.

—Seguramente no imágenes de santos, amigo mío. De esos hay una docena en los talleres de Florencia. No, el maestro Engebert había obtenido de mí el permiso de colocar la máquina alemana, esa que repite cada página en un número infinito.

—Esa... pero seguramente se podrá construir otra. No es un secreto, se habla desde hace tiempo en toda Italia...

—¡Tú no te enteras, Giovanni! ¡No es la pérdida de la máquina lo que me preocupa! Pues claro que se puede construir otra. Pero para funcionar necesita un número enorme de diminutos tipos fundidos en plomo y si estos se han destruido... ¡Toda la obra que tenía ocupado al alemán se ha perdido!

—¿Y qué es lo que estaba imprimiendo?

Lorenzo se mordió los labios, pensativo.

—Dijo sólo que para darme las gracias por la licencia me ofrecería un libro maravilloso, que daría gloria a mi familia durante siglos. Un libro impreso con el tipo móvil perfecto. Dijo así, un «tipo móvil perfecto». ¡Tenemos que entrar para ver si se ha salvado algo!

Viéndolo que no daba su brazo a torcer, Pico se anticipó. Protegiéndose la boca con un paño, cruzó la puerta. El fuego había transformado el edificio en un antro oscuro, parecido al vientre de una nave a punto de desmembrarse. Por todas partes resplandecía el color rojizo de los carbones que se iban consumiendo y el olor acre del humo hacía que el aire fuera casi irrespirable.

Dio incluso algunos pasos más hacia lo que parecía una especie de tela en el centro de la sala. Un cuerpo carbonizado colgaba de la máquina, la cabeza apretada contra el torno. Pa-

recía abrazar al instrumento que había sido la causa de su final, en un extraño y último gesto de amor.

Junto a los restos del torno yacía un cúmulo de fragmentos metálicos y carbones encendidos. Aquí y allá aparecían todavía las señales de las formas originarias, pero el calor los había fundido unos con otros en una masa que se desprendía en riachuelos plateados. En la parte alta del montón, inclinada como si estuviera a punto de desplomarse en el caos, sobrevivía intacta una lámina de cobre que tenía encima la figura de un hombre de vestidos antiguos, sujeto por otros hombres a un árbol grueso.

—El retrato de un sabio... quizás tenía que aparecer en la portada del volumen —gimió Lorenzo detrás de él—. Pero las páginas del libro, ya listas para imprimirse, perdidas...

Pico recogió un clavo enorme de la máquina y movió el cúmulo de fragmentos en busca de algo que quizás se hubiera salvado. Sobre el fondo quedaba sólo un objeto reconocible. Una especie de marco de madera, quemado en parte, que todavía permanecía unido gracias a una especie de cuerdecita ennegrecida, que rodeaba un bloque de tipos de plomo.

—¡Mirad, señor! —exclamó mientras se agachaba para recogerlo—. Una de las páginas se ha salvado. Esperad, está escrito...

—¡Déjame ver! —gritó el Magnífico, arrancándosela de las manos. Acercó el telar a los ojos, intentando leer las líneas sucias de ceniza. Pero la cuerdecita que lo cerraba, tocada por el fuego, cedió y la composición se desgranó en sus manos.

Una lluvia metálica cayó al suelo, perdiéndose como los vaticinios de la Sibila cuando el viento arrastraba las hojas sobre los que estaban escritos.

Pico se había agachado, intentando salvar algo. Escuchó un crujido sobre su cabeza e instintivamente levantó los ojos, justo a tiempo para ver cómo una de las vigas centrales del te-

cho se inclinaba hacia ellos acompañada por una explosión de chispas.

Con un salto se arrojó sobre Lorenzo, arrancándolo por los pelos de la masa de tejas quemadas. Luego, cogiéndolo por un brazo, se lo llevó a rastras hacia la salida mientras el resto del techo se desmoronaba como un rombo tras ellos, enterrando bajo un montón de detritos lo que quedaba de la maquinaria.

Se encontraron al aire libre, tosiendo por el humo e intentando tomar aliento para avisar a los bomberos, que se habían acercado corriendo para salvar a su señor. Pico notó a un hombre con aspecto humilde que miraba a su alrededor, fro-tándose las manos por la desesperación.

—¿Dónde está mi amo? —le sintió preguntar.

—¿Quién eres? ¿Qué sabes de este desastre? —le preguntó Lorenzo con brusquedad.

—Soy Lucas, el tintero. Estaba al servicio del alemán, para poner el negro a los plomos. Habrá que avisarle, que venga corriendo...

—Tu amo ha muerto —le interrumpió el Magnífico, suscitando un gemido en aquel hombre—. ¿Tienes idea de qué puede haberle ocurrido?

—No, señor. El maestro Engebart era siempre muy cuidadoso, jamás habría dejado una llama libre en su taller. No entiendo...

—Tu amo no ha muerto por el incendio. Estaba ya muerto cuando las llamas se han propagado, aplastado por la máquina —observó Pico. Iba a seguir cuando Lorenzo se le adelantó.

—¿Qué es lo que estaba imprimiendo el alemán? ¿Y cómo era el tipo móvil nuevo que pretendía usar? ¿Dónde están los punzones? ¿Guardados?

—No lo sé, señor —respondió el empleado, asustado—. El maestro Engebert era muy celoso de su trabajo, mi trabajo era sólo el de extender la tinta. No entiendo...

—Cómo puede ser que tú no hayas visto nada en las páginas que te pasaban delante de los ojos —protestó Lorenzo, incrédulo—. ¿Por qué mientes?

—¡Os lo juro señor, es la verdad! Yo... yo no sé leer. Y por eso el alemán me contrató. Quería sólo trabajadores que no supieran leer.

Lorenzo y Pico intercambiaron una mirada. El hombre parecía sincero y sus piernas temblorosas eran la mejor muestra de su testimonio. El Magnífico se agachó para recoger un trozo de plomo fundido que había llegado hasta allí. Luego lo arrojó con rabia.

—Entonces, todo se ha perdido. Muerto el tipógrafo, también los tipos móviles han muerto.

Un rumor despertó su atención. El hombre murmuraba algo, pero su voz era tan baja que no se podía comprender.

—¿Qué dices? —le preguntó Lorenzo.

—Los tipos móviles. No eran obra del maestro —repitió con una voz más alta—. Una noche, quizás hace siete días, vino un hombre a buscar al amo. Él interrumpió su trabajo y se retiraron a una esquina del taller para hablar. El hombre se llamaba Fulgente, así escuché, y era él el autor. Y también el escrito, fue él quien se lo pasó al amo.

—¿Estás seguro de ello?

—Seguro. Escuché con mis oídos al maestro Engebert lamentarse por la extrañeza de aquello que iba componiendo con el plomo.

—«Fulgente... No recuerdo ese nombre» —murmuró para sí mismo el Magnífico—. Y, sin embargo, creía que conocía a todos los artistas de la ciudad.

—Quizás no se trata de un florentino —se atrevió a decir Pico.

—Sí, podría ser alguien de paso. Pero si es un grabador hay quien puede darnos noticias tuyas. Don Varello, el prior de san Lucas. Vamos a verle.

—Estamos en mitad de la noche, sería mejor esperar al alba...

—No hay puertas cerradas al señor de Florencia —replió seco Lorenzo, dando una patada a un montón de brasas que se esparcieron por los alrededores—. A ninguna hora del día o de la noche.

Parecía atrapado en una de sus pasiones repentinas. Pico pensó en la venganza desencadenada sobre sus enemigos al día siguiente de la conjura en la que había sido asesinado su hermano Giuliano. Recordó los cuerpos de los conjurados colgando de los ganchos de los carniceros en la puerta del Palacio Viejo. Meditó cuánto podía sorprender su naturaleza, capaz de hacerle encastrar un verso de amor y colgar su autoría en el cuello de un hombre.

Un nuevo desmoronamiento en el taller le sacó de sus pensamientos. Se apresuró detrás de Lorenzo, que ya se encaminaba hacia Santa Cruz.

La sede de la Compañía de san Lucas, que recogía a los artistas, se encontraba justo detrás de la muralla del convento de los franciscanos. La puerta se veía en la oscuridad, con una estatua del evangelista en la parte superior e iluminada por una pareja de antorchas clavadas a los lados del frontón esculpido.

—Despertad al prior, ¡rápido! —ordenó Lorenzo. Inmediatamente dos hombres comenzaron a tocar los macizos paneles de la puerta con la empuñadura de las lanzas, llenando la calle de sordos ruidos.

Un perro en los alrededores ladró, desencadenando un furor de ladridos a su alrededor. Sin prestar atención al ruido, los soldados continuaron dando golpes. Pico vio aparecer una llama a través de las fisuras de una ventanita, en el primer piso, y luego cautamente abrirse un haz entre las tapaderas de la ventana.

—¿Qué queréis, furiosos? —gritó una voz, que pretendía ser amenazadora pero no conseguía esconder su temblor—. ¡Turbar así la paz de los buenos ciudadanos, en el corazón de la noche!

—Varello, es Lorenzo de Medici, que pide veros. Y que pide perdón por la hora y la imprudencia.

Las ventanas se abrieron y una cabeza se asomó. Una candelita se movió por un instante. Luego el hombre emitió un murmullo confundido y desapareció para aparecer al cabo de pocos instantes en la puerta, todavía con la camisa de dormir y el gorro.

—Mi señor, si lo hubiera sabido... —comenzó, pero Lorenzo le cortó la palabra, agachándose con reverencia manifiesta.

—Don Varello, os pido de nuevo disculpas por haber interrumpido vuestro sueño. Pero por desgracia los cuidados de un Estado no conocen la paz que la noche concede a los hombres. Necesito vuestra ciencia.

Deteniéndose de nuevo en excusas, el hombre se apartó arrojando una mirada inquieta al pelotón de armados.

—Vos sois el prior de la Compañía de san Lucas —inició el Magnífico—. ¿Conocéis a un tal Fulgente?

—¿Fulgente? ¿De quién habláis? —le preguntó el hombre después de un instante de silencio.

—Un grabador, me parece. No sé nada más allá del nombre. Pero pensaba que vos podíais saberlo.

—Fulgente... no recuerdo a nadie, en el arte. A menos que... ¿Fulgente, decís? Hubo hace años un hermano nuestro

que así se llamaba, Fulgente Morra, pero desde hace años no vive en Florencia. ¿Por qué me lo preguntáis? ¿Qué es lo que ha hecho?

—¿Pensáis que pueda haber cometido algo? Habladme de él —cortó por lo sano el Magnífico.

El prior dudó. Se aclaró la voz más veces, como en busca de las palabras más apropiadas para expresarse. Luego, levantando la barbilla, comenzó con aire solemne.

—Don Lorenzo, vos conocéis los usos y las reglas de la Compañía. Nació hace más de cien años aproximadamente, para unir y proteger a todos aquellos que profesan el arte de la figura. Administra los intereses, gobierna sus conocimientos. Y tutela los secretos. ¿Queréis que sea precisamente yo, el prior, quien quebrante sus estatutos? ¿Y encima, delante de un extranjero? —añadió, amigando hacia el joven.

Lorenzo abrió la boca. Por un instante estuvo a punto de replicar con vehemencia. Luego cerró los puños.

—No, entiendo vuestras buenas intenciones —dijo con tranquilidad—. Pero los tiempos mudan y las cosas con ellos. Quizás en el pasado era justo que las artes se sustrajeran a la curiosidad pública, cuando éstas servían para rendir visible la palabra de Dios en las iglesias. Pero en nuestro siglo la belleza ha salido de sus sagrados lugares, se difunde por las calles y en las plazas, entra en nuestras vidas y en vez de hacer descender al divino intenta que el hombre suba a los cielos. Lo bello tiene que acompañar nuestros días, no incurrir en reverencias a través de su esplendor. Pronto también vuestra Compañía se transformará, y se convertirá en una nueva academia donde su centro no será el secreto del arte sino que más bien será la norma, poner en común los saberes. Os pido por lo tanto otro paso hacia esta dirección. Y tendréis mi gratitud.

El prior recogió esta última palabra con evidente placer.

—Morra era un joven de Pesaro que vino hace unos años a Florencia, al taller de Filipepi.

—¿El maestro Sandro? ¿Botticelli? —le interrumpió el Magnífico, sorprendido.

—Sí, los dos eran amigos y hermanos en el arte, tanto que sus maneras eran tan parecidas que se podían intercambiar con facilidad entre ellos. Y más de un encargo de uno se dice que en cambio fue ejecutado por el otro. Quizás les unía también su carácter... extravagante...

—Conozco bien la naturaleza de nuestro Sandro —replió Lorenzo—. Pero este es el tributo que la naturaleza paga al arte, este divino desequilibrio en las facultades. Y Sandro Botticelli lo paga, como muchos grandes.

—Será así. Claro que Botticelli... pero decíamos de Fulgente. Así que estos parecían encaminados a una unión férrea, tanto que muchos comenzaron a murmurar, sabéis, este excesivo roce entre los hombres jóvenes, y en la plenitud de sus fuerzas... —siguió él, con un tono que se había hecho de repente resbaladizo—. Fulgente no escondía su furor platónico, si entendéis lo que quiero decir. Era un hombre bizarro... perdido en su confusión...

Pico reprimió una sonrisa. El prior se proclamaba a sí mismo guardián de los secretos del arte, pero no parecía tener muchos escrúpulos cuando se trataba de soltar los secretos de los artistas. Por otro lado, si en Florencia se hubieran tenido que perseguir a todos los sodomitas, pintores o lo que fueran, no habrían sido suficientes los calabozos de la ciudad.

El Magnífico había apartado la mirada, como queriendo ignorar aquellas alusiones. Se limitó a un gruñido, animando al otro para que continuara.

—Pero luego, de repente, su amistad se rompió y Fulgente desapareció de Florencia. Se dijo entonces que se había

producido una discusión furiosa, que habían llegado incluso a levantar los cuchillos. Se marchó a Roma, donde parece ser que recibió una oferta para trabajar como impresor de la Curia. Sé que se quedó allí durante unos años, siempre en busca de una ocasión para hacer célebre su nombre. Y desde entonces...

—¿Los motivos de la discusión?

El prior levantó los hombros.

—Hubo quien dijo que se trataba de un hecho entre hombres, sabéis... pero corrió también otra voz...

—¿Cuál?

El prior se puso más serio, lanzando una mirada furtiva a los hombres del séquito, como si quisiera comprobar que ninguno le pudiera escuchar.

—Un motivo mucho más oscuro. Que uno de los dos se hubiera dejado llevar por prácticas innombrables, comerciando en los infiernos. Para aumentar su arte y dominar al otro, a la vez amigo y rival.

—¿Por qué decís uno de los dos? ¿También de Botticelli corrieron esas voces?

El prior volvió a levantar los hombros.

—Voces. Voces confundidas. Pero cesaron inmediatamente, en cuanto Morra escapó.

—¿Es posible que hubiera grabado un tipo móvil nuevo, extraordinario? —siguió Lorenzo—. En vuestra opinión, ¿era tan hábil?

Varello dudó un instante.

—Morra tenía una mano extraordinaria con el buril. Un maestro. Pero en cuanto a la imaginación... no ha dado muestras de ello. A menos que haya establecido de verdad un pacto con las tinieblas.

—¿Sabíais que había vuelto a Florencia?

—No, no tenía ni idea... —replicó el otro, sorprendido. Parecía sincero.

Lorenzo reflexionó un instante para sí mismo. Luego se agachó ceremonioso y se dio la vuelta en un instante, haciendo un gesto a Pico para que le siguiera bajo la desconcertada mirada de prior.

—Fulgente Morra... también él con el mismo vicio —se quejó en las escaleras Lorenzo—. Si está aquí de incógnito y ha mantenido las costumbres a las que aludía el prior, es fácil que se haya alojado en la posada de Oliverotto, fuera de puerta Romana —añadió después de un instante—. Es allá donde se reúnen los de su raza. Quiero hablar con él e interrogarle. Y si ha asesinado al tipógrafo, saber por qué.

—¿Pensáis que puede ser el culpable?

—¿Y por qué no? La ambición, la rivalidad. El odio. A veces el propio deseo de destacar sobre los demás es la primera causa de corrupción de las almas —respondió, algo cabizbajo, Lorenzo.

—¿Y destruiría su trabajo, junto con la vida del alemán? —objetó Pico.

El Magnífico no contestó, limitándose con un gesto a llamar al escolta que estaba esperando en la calle. Pico esperó unos instantes a que el otro contestara tal observación, pero Lorenzo estaba encerrado en el silencio.

—Imagino que nos dirigimos hacia la posada —dijo, buscando una respuesta.

—No, quiero volver a mi despacho. Necesito reflexionar. Y si el incendio es la señal de alguna conspiración contra los Medici, tengo que estar entre mi gente. Ve tú a la posada. No puedo esperar ni siquiera una hora para saberlo. Ve a buscarlo y tráelo a rastras hasta el palacio. Yo te esperaré allí.

—¿Será necesario usar la fuerza?

—Con un par de hombres tienes suficiente. Oliverotto es partidario de mi bando, seguramente no levantará objeción. ¡Pero date prisa!

Pico hizo un gesto a dos de los guardias y se encaminó rápido. Detrás de él, el Magnífico se había quedado con la cabeza agachada en mitad de la calle, inmerso en sus pensamientos.